

interrogatorios, torturas y malos tratos, la actuación de los jueces militares franquistas ante la represión y de los procesos como rituales de poder que expresaban simbólicamente la omnipotencia de la dictadura e, incluso, de las formas no medibles de represión

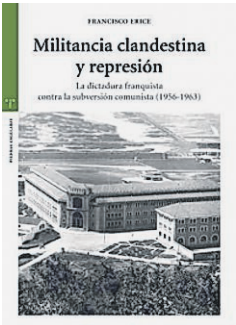
Quizás algunos de mis (improbables) lectores se pregunten por qué ha limitado el autor su análisis de la represión franquista exclusivamente a los militantes comunistas, lo que podría (mal) entenderse como un indicio de sectarismo y por qué además lo ha limitado a ese periodo tan concreto de 1956a 1963 que podría hacer sospechar la aplicación de un criterio estrictamente documental. Sin embargo, la justificación que realiza Erice de ese doble aspecto me parece coherente.

Me explico. Tras la etapa de los años de plomo, esto es, de los años de posguerra en que la represión fue de gran intensidad y dureza y abarcó a todos los participantes en el bando republicano, de una u otra ideología, la situación represiva a partir de 1956 cambió. Por una parte, el reconocimiento de las

potencias occidentales de la dictadura española como bastión de Occidente frente al comunismo que conllevó su integración en los organismos internacionales forzó, en cierta medida, a otras prácticas represivas. Y por otra, con la desestalinización y la aplicación del giro táctico del PCE hacia el objetivo de la reconciliación nacional y la lucha por alcanzar pacíficamente la democracia en su camino hacia el socialismo, el Partido (así se le denominaba) se convirtió en hegemónico en la lucha contra el Franquismo y, en consecuencia, fue el objetivo principal de la represión franquista. En 1963, con la creación del Tribunal de Orden Público y el final de las competencias de la Jurisdicción militar de los “delitos” políticos y otros cambios en la composición y actuación de la oposición antifranquista, se iniciaba otra etapa distinta de la represión.

La conclusión de ese doble análisis de las formas y dimensiones de la represión, por una parte, y de su impacto sobre los propios represaliados, por otra, es la dimensión ambivalente de la represión en esta etapa. Esto es: una represión calculada, ajustada y limitada por las nuevas condiciones del intento de “normalización” del régimen en el contexto internacional. El aparato represivo no pudo permitirse seguir con las formas de dureza, crueldad y saña de la etapa anterior. Aunque aún y así, esa represión calculada tuvo, sin duda, efectos disuasorios sobre los opositores comunistas. Pero a la vez fue también no sólo un factor movilizador e incentivo de la solidaridad entre los opositores, sino que además obligó a la dictadura en ciertos casos a cambiar la legislación represiva. Todo lo cual echa por tierra la visión simplista e interesada difundida por ciertos historiadores conservadores de que sólo hubo un franquismo duro, el de los años de plomo de la posguerra.

En fin, un libro excelente que debe ocupar un lugar destacado en esa nutrida historiografía sobre la represión franquista que ha venido apareciendo en los últimos años.



Militancia clandestina y represión

Francisco Erice

Trea, 2017, 288 páginas, 25 euros

llegó a ser dueño y señor de los destinos de España, es poco empático desde el principio. Una descripción de lo más lombrosiana aparece en las primeras páginas: “la cabeza pequeña y con una asimetría de la bóveda craneana que quizás influye en su naturaleza inhospitalaria a las pasiones. Asimétricos también los ojos; los pabellones auditivos, por el escaso desarrollo del cráneo, muy

altos, lo mismo que las orejas de los monos. La frente huidiza, y desmesurada la apófisis mastoidea característica de los ladrones”, además, por supuesto, de “su mentón retraído signo de degeneración frecuente con los impulsivos sexuales”. Sin embargo, quizá sea precisamente ese rechazo de un personaje tan poderoso lo que hace del libro de Benavides una memorable novela real y una buena descripción de la política española de los años veinte y treinta –quizá de la política de cualquier tiempo–. Juan March, traficante sin escrúpulos, presuntamente implicado en el asesinato del hijo de su socio Garau –muchacho competidor en los negocios y en el amor–, compinche de las corruptelas de Alejandro Lerroux, monopolista de las concesiones de tabaco con Primo de Rivera, preso durante la Segunda República y pagani-ni del “Dragon Rapide” que nos trajo a Franco, fue además empresario, terrateniente y banquero capaz de legar una fundación con buenos propósitos. Benavides, que le reconoce a lo largo del libro audacia y astucia, no le creía capaz de tal cosa: “Cuando March se muera, unas fundas descoloridas de los paquetes de tabaco consumidos por los soldados españoles en Marruecos, será lo único que le recuerde”. En esto, el buen periodista se equivocaba.



El último pirata del Mediterráneo

Manuel D. Benavides

Edición e introducción de José Luis García Martín Espuela de Plata, 2017, 444 páginas, 19 euros

LA BRÚJULA

EUGENIO FUENTES

Europa de punta a cabo, de tren en tren y a los 25 años

Descripción: Sobre la marcha es una novela de viaje en la que –verano de 1987, no móvil, no redes– dos veinteañeros recorren Europa en InterRail. De Oviedo a Pefkohori –norte del Egeo–, pasando por París, Londres, Amsterdam, los trenes yugoslavos de antes de la guerra, mucha música, varias llaves de la percepción, amistad, sueños de amor y una mirada entusiasta y perpleja que se bebe el mundo y, para digerirlo, explora los misterios del lenguaje. Interpretación: Juanjo Barral (1962) acaba de añadirle su hito más brillante a una trayectoria literaria iniciada a fines de los 80 con la fresquísima Londres –que el tiempo ha consagrado como testimonio generacional– y proseguida con una ya fértil cosecha de poemarios y novelas. Barral hizo el viaje pero, como la memoria es huidiza, ha tenido que fabularlo a partir de un cuaderno de notas. Para gozo del lector, le ha salido el diario de un joven, escrito por un novelista maduro.



Sobre la marcha

Juanjo Barral

Baile del Sol
202 páginas
14 euros



Petróleo de sangre

Leif Wenar

Trad. de F. Borrajo
Armaenia
576 páginas, 27 euros



Vidas de hotel

Eduardo Berti (compilador)

Adriana Hidalgo
350 pág., 21,50 euros



Nuestro mundo muerto

Liliana Colanzi

Eterna Cadencia
126 páginas
16,90 euros

Casi todo lo que subyace a la crónica sangrienta del mundo

La vinculación entre (in)justicia y economía mundial es la línea fuerte de pensamiento del filósofo político británico Leif Wenar. De ahí que Petróleo de sangre, título ya de abrumadora capacidad de evocación, se subtitule “Sobre tiranos, violencia y las reglas que rigen el mundo”. Porque el petróleo es sólo la punta del iceberg de las densas cadenas de suministro precisas para que cada uno de nosotros acometa sus actividades cotidianas. ¿Ordenador? Sangre. ¿Teléfono? Sangre. ¿Coche? Sangre. Pero también: ¿Naranjas? Sangre. ¿Camisetas? Sangre y, por supuesto, ¿libros? ¿Sangre! En realidad, conocemos la maldición de los recursos naturales, pero la vemos inevitable. Y, según Wenar, no lo es. Para espantar la tentación de resignarse, el filósofo establece el mapa de la sangría y los modos en que contribuimos a ella, antes de explicar los mecanismos para oponerse y, por último, proponer un plan de acción. Imprescindible.

Historias que a los narradores se les ocurren sobre los hoteles

Hay libros que, bálsamo de críticos, se reseñan solos. El argentino Eduardo Berti, que además de reconocido narrador y espléndido traductor es un antólogo pertinaz –¿han leído Los cuentos más breves del mundo o Galaxia Flaubert?– ha seleccionado en Vidas de hotel más de 30 relatos concebidos por grandes maestros. Una habitación de hotel vale para nacer, para morir, para amar, para llorar, para esconderse, para albergar presencias extrañas, para urdir complots o, simplemente, para que alguien escriba sobre ella. Incluso un microrrelato de 201 palabras sobre la 201. Bienvenidos a las ideas-ciones de Somerset Maugham, Ricardo Piglia, Katherine Mansfield, Chéjov, Buzzati, Kawabata, O. Henry, Scott Fitzgerald, Maupassant, Henry James, Joyce, Juan José Saer, Stephen Dixon, Saki, Stephen Crane, Pirandello o Ambrose Bierce. La nómina que aloja esta joya es mucho más larga pero, claro, no se puede registrar aquí.

Entre Marte y Bolivia, relatos de un mundo enigmático

El relato que da título a esta magnífica colección de cuentos de la boliviana Liliana Colanzi se ambienta en un Marte en vías de colonización. Esto, junto con algunas pistas sembradas en la contraportada, podría sugerir que Colanzi (1981) propone al lector un volumen próximo a la ciencia-ficción. Y no es el caso, porque el abanico que agita la autora de Nuestro mundo muerto es mucho más amplio y casi todas sus varillas inervan la mayoría de las piezas. El hilo vital que alimenta cada historia hunde sus raíces en los sustratos indios de la sociedad boliviana –un mosaico de creencias de latido ancestral y pulso intenso–, atraviesa las clases medias urbanas y se resuelve en la mirada poliédrica y la prosa rica, precisa, sutilísima y, a la vez, enigmática con la que Colanzi, profesora en la neoyorquina universidad de Cornell, construye conflictos cuya piel se roza con el presente mientras sus entrañas explotan en la noche de los tiempos. Una delicia.